



La Santa Sede

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 5 de marzo de 1997

En Caná, María induce a Jesús a realizar el primer milagro

1. Al referir la presencia de María en la vida pública de Jesús, el concilio Vaticano II recuerda su participación en Caná con ocasión del primer milagro: «En las bodas de Caná de Galilea (...), movida por la compasión, consiguió, intercediendo ante él, el primero de los milagros de Jesús el Mesías (cf. *Jn 2, 1-11*)» (*Lumen gentium*, 58).

Siguiendo al evangelista Juan, el Concilio destaca el papel discreto y, al mismo tiempo, eficaz de la Madre, que con su palabra consigue de su Hijo «el primero de los milagros». Ella, aun ejerciendo un influjo discreto y materno, con su presencia es, en último término, determinante.

La iniciativa de la Virgen resulta aún más sorprendente si se considera la condición de inferioridad de la mujer en la sociedad judía. En efecto, en Caná Jesús no sólo reconoce la dignidad y el papel del genio femenino, sino que también, acogiendo la intervención de su madre, le brinda la posibilidad de participar en su obra mesiánica. El término «Mujer», con el que se dirige a María (cf. *Jn 2, 4*), no contradice esta intención de Jesús, pues no encierra ninguna connotación negativa y Jesús lo usará de nuevo, refiriéndose a su madre, al pie de la cruz (cf. *Jn 19, 26*). Según algunos intérpretes, el título «Mujer» presenta a María como la nueva Eva, madre en la fe de todos los creyentes.

El Concilio, en el texto citado, usa la expresión: «movida por la compasión», dando a entender que María estaba impulsada por su corazón misericordioso. Al prever el posible apuro de los esposos y de los invitados por la falta de vino, la Virgen compasiva sugiere a Jesús que intervenga con su poder mesiánico.

A algunos la petición de María les parece desproporcionada, porque subordina a un acto de compasión el inicio de los milagros del Mesías. A la dificultad responde Jesús mismo, quien, al acoger la solicitud de su madre, muestra la superabundancia con que el Señor responde a las expectativas humanas, manifestando también el gran poder que entraña el amor de una madre.

2. La expresión «dar comienzo a los milagros», que el Concilio recoge del texto de san Juan, llama nuestra atención. El término griego *arjé*, que se traduce por inicio, principio, se encuentra ya en el Prólogo de su evangelio: «En el *principio* existía la Palabra» (*Jn* 1, 1). Esta significativa coincidencia nos lleva a establecer un paralelismo entre el primer origen de la gloria de Cristo en la eternidad y la primera manifestación de la misma gloria en su misión terrena.

El evangelista, subrayando la iniciativa de María en el primer milagro y recordando su presencia en el Calvario, al pie de la cruz, ayuda a comprender que la cooperación de María se extiende a toda la obra de Cristo. La petición de la Virgen se sitúa dentro del designio divino de salvación.

En el primer milagro obrado por Jesús los Padres de la Iglesia han vislumbrado una fuerte dimensión simbólica, descubriendo, en la transformación del agua en vino, el anuncio del paso de la antigua alianza a la nueva. En Caná, precisamente el agua de las tinajas, destinada a la purificación de los judíos y al cumplimiento de las prescripciones legales (cf. *Mc* 7, 1-15), se transforma en el vino nuevo del banquete nupcial, símbolo de la unión definitiva entre Dios y la humanidad.

3. El contexto de un banquete de bodas, que Jesús eligió para su primer milagro, remite al simbolismo matrimonial, frecuente en el Antiguo Testamento para indicar la alianza entre Dios y su pueblo (cf. *Os* 2, 21; *Jr* 2, 1-8; *Sal* 44; etc.) y en el Nuevo Testamento para significar la unión de Cristo con la Iglesia (cf. *Jn* 3, 28-30; *Ef* 5, 25-32; *Ap* 21, 1-2; etc.).

La presencia de Jesús en Caná manifiesta, además, el proyecto salvífico de Dios con respecto al matrimonio. En esa perspectiva, la carencia de vino se puede interpretar como una alusión a la falta de amor, que lamentablemente es una amenaza que se cierne a menudo sobre la unión conyugal. María pide a Jesús que intervenga en favor de todos los esposos, a quienes sólo un amor fundado en Dios puede librar de los peligros de la infidelidad, de la incompreensión y de las divisiones. La gracia del sacramento ofrece a los esposos esta fuerza superior de amor, que puede robustecer su compromiso de fidelidad incluso en las circunstancias difíciles.

Según la interpretación de los autores cristianos, el milagro de Caná encierra, además, un profundo significado eucarístico. Al realizarlo en la proximidad de la solemnidad de la Pascua judía (cf. *Jn* 2, 13), Jesús manifiesta, como en la multiplicación de los panes (cf. *Jn* 6, 4), la intención de preparar el verdadero banquete pascual, la Eucaristía. Probablemente, ese deseo, en las bodas de Caná, queda subrayado aún más por la presencia del vino, que alude a la sangre de la nueva alianza, y por el contexto de un banquete.

De este modo María, después de estar en el origen de la presencia de Jesús en la fiesta, consigue el milagro del vino nuevo, que prefigura la Eucaristía, signo supremo de la presencia de su Hijo resucitado entre los discípulos.

4. Al final de la narración del primer milagro de Jesús, que hizo posible la fe firme de la Madre del Señor en su Hijo divino, el evangelista Juan concluye: «Sus discípulos creyeron en él» (*Jn 2, 11*). En Caná María comienza el camino de la fe de la Iglesia, precediendo a los discípulos y orientando hacia Cristo la atención de los sirvientes.

Su perseverante intercesión anima, asimismo, a quienes llegan a encontrarse a veces ante la experiencia del «silencio de Dios». Los invita a esperar más allá de toda esperanza, confiando siempre en la bondad del Señor.

Saludos

(A los peregrinos eslovacos)

Habéis venido a Roma, a la tumba de san Pedro, que siguió a Cristo hasta la muerte. Y también para saludar al Sucesor de Pedro, el Papa que recibió de Cristo la misión de confirmar a los hermanos en la fe. Ruego por vosotros, a fin de que creáis más firmemente que Jesucristo es el único y necesario Salvador del mundo, y lo sigáis siempre con fidelidad.

(En español)

Me es grato saludar ahora a los peregrinos de lengua española, de modo particular, a los estudiantes de los colegios de Madrid, Castellón de la Plana y Santiago de Chile. Que la perseverante intercesión de María os anime en vuestro camino cuaresmal, confiando siempre en la bondad del Señor. Con estos deseos, os imparto de corazón la bendición apostólica, que extiendo a vuestras familias.

(En italiano)

Mi pensamiento va finalmente a los *enfermos*, a los *recién casados*, y de modo especial a los *jóvenes*, presentes en gran número en la audiencia de hoy, y entre ellos saludo en particular a los adolescentes del decanato de Vimercate, que han venido a Roma para prepararse a la profesión de fe.

Queridísimos hermanos, el tiempo de Cuaresma nos exhorta a reconocer a Cristo como suprema esperanza del hombre. Os invito a vosotros, queridos *jóvenes*, a ser en el mundo testigos valientes del Evangelio, para influir positivamente en los diversos ambientes de la vida. A

vosotros, queridos *enfermos*, os recomiendo la virtud de la paciencia, para que vuestro sufrimiento, unido al de Cristo, sea una ofrenda agradable al Padre. Y os animo a vosotros, queridos *recién casados*, a descubrir el valor de la oración en la «iglesia doméstica» que habéis formado.

Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana